



Migraciones y crisis del desarrollo (I)



Jaime Atienza Azcona (*)
[La Insignia](#). España, diciembre del 2004.

La búsqueda de un futuro mejor es la explicación simplificada de los procesos migratorios, que han sido una constante a lo largo de la historia humana, y han afectado a millones de hombres y mujeres a lo largo de la historia. La búsqueda de un futuro mejor, la huida de situaciones sin futuro o la construcción cotidiana y esforzada de un futuro posible pese a las dificultades que pudieran existir han estado y siguen estando presentes en los movimientos migratorios pasados y presentes. Y una huida o un camino de salida de situaciones sin futuro. Por ello, cuando hoy nos referimos al vínculo entre las migraciones y la actual crisis del desarrollo, no lo hacemos con sorpresa, sino que nos encontramos ante un proceso diferente tan sólo por los condicionantes nuevos que existen, por las circunstancias que nos trae la globalización y por las crecientes limitaciones que vienen imponiéndose a la libre circulación de personas -de migrantes- en el presente.

Así que la globalización es una de las claves que nos va a ayudar a entender este momento presente en que vivimos. Señala Saskia Sassen que mientras la globalización abre las compuertas en ciertos ámbitos, lo que potencia directa o indirectamente la migración, los marcos jurídicos de los países de llegada de los migrantes se han endurecido, haciendo de la migración una opción con nuevos riesgos, más allá de los intrínsecos a un cambio de país y a la búsqueda de una nueva vida en un entorno diferente.

Y si las crisis en el desarrollo y la búsqueda de un futuro mejor han estado en la raíz de los movimientos migratorios de la historia de la humanidad, conviene preguntarse también por el papel de la cooperación para el desarrollo. Y, de manera complementaria, por el papel que la cooperación para el desarrollo puede jugar en este contexto presente de creciente migración.

Una cooperación internacional para el desarrollo que parece haber perdido peso en las relaciones internacionales. Si la caída del muro de Berlín dio paso a una década, la de 1990, en la que surgió la esperanza de organizar un sistema de relaciones internacionales que pudiese abordar de manera concertada los grandes retos del desarrollo social y la sostenibilidad ambiental, entre otros, la evolución de la realidad en la década resultó decepcionante. Así, los compromisos adquiridos por los gobiernos para la promoción de esos y otros justos objetivos han venido siendo incumplidos de forma sistemática por países donantes y receptores del sistema de ayuda, con honrosas excepciones.

La caída en las cantidades destinadas a la ayuda al desarrollo, frenada tan sólo recientemente es solamente un indicador que avala esta visión. A lo que cabe añadir el progresivo distanciamiento de los países más ricos del sistema de los problemas del sur y la culpabilización de los pueblos pobres por su propia pobreza. Aunque abordaremos esta realidad en mayor detalle, una cosa es señalar la indudable responsabilidad de gobiernos y élites políticas del sur en la falta de desarrollo y de oportunidades de sus sociedades, y otra bien distinta, omitir aquellos aspectos en que los países ricos del sistema son corresponsables de los problemas que afectan a las mayorías pobres en el sur, desde la complicidad o el apoyo explícito a esas élites y gobiernos, en beneficio propio y de las empresas nacionales que operan en esos países, hasta las reglas de los sistemas comercial y financiero mundial, que hacen más difícil la subsistencia precisamente a aquellos países más débiles y menos modernizados, en lugar de ofrecerles oportunidades de aproximarse a los niveles de desarrollo de los otros.

Así, frente a una visión triunfalista de la realidad planetaria, los sectores más pobres del planeta han visto estancarse si no deteriorarse su situación y su desconexión de los beneficios del proceso de globalización, de avance o de modernización es hoy una evidencia. Sus vínculos con el mundo rico y avanzado se materializan principalmente a través de la visión sesgada de la realidad del Norte que ofrecen los medios de comunicación de masas. Lo que supone, entre otras cosas, un punto de contacto irreal con el Norte y sin embargo un factor impulsor de las migraciones, al exhibir en los lugares donde predomina la miseria la realidad de abundancia del mundo rico.

En el otro extremo se encuentran -nos encontramos- las sociedades ricas del norte y los sectores más pudientes del sur, unas élites perfectamente integradas en el proceso de globalización desde su propia ubicación geográfica. En un proceso que ha profundizado la dualidad de las sociedades en desarrollo, alejando de la realidad de las mayorías pobres a ese norte dentro del sur perfectamente integrado e interconectado.

En esta lógica, el dilema cotidiano entre explotación y exclusión sigue siendo una realidad para el mundo pobre, y para las clases medias empobrecidas que han crecido como sector de población vulnerable. Un contexto en que ser explotado supone la mejor opción al alcance de muchos millones de familias, cuyas posibilidades de elección se limitarían en sus propios países a esa exclusión pura y dura. Este es, ni más ni menos, el caso de las millones de mujeres que trabajan en las maquilas en Centroamérica, sin derechos laborales, con jornadas de trabajo extenuantes y salarios de hambre, pero cuya alternativa real es el desempleo y la miseria.

En medio de todo este contexto, el aumento de las migraciones aparece como una salida heterodoxa -aunque no nueva- al conjunto de factores que hacen muy difícil una vida digna en buena parte del mundo. Constituye un acto de rebeldía frente a la desesperanza que reina en buena parte del mundo en desarrollo. En el que diferentes aspectos relativos a las condiciones de vida, la ausencia de democracia -en unos casos por no existir ese sistema político y en otros en que sí existe por su incapacidad para mejorar la vida de las mayorías- el estancamiento económico, el deterioro social o la supeditación cultural, invitan a la salida. Podría hablarse de migraciones forzadas por las circunstancias, en las que el concepto que del tiempo tenemos no carece de importancia: cuando la comunicación a distancia puede ser tan inmediata, y al margen de que desde los centros de poder y pensamiento político se descarten los procesos propios de desarrollo, como de hecho sucede, millones de personas han perdido el horizonte de encontrar un desarrollo justo y digno en su propio lugar. Pues ello requeriría largos y dolorosos procesos, luchas

sociales... y al fin puede resultar más sencillo cambiar la realidad cercana, personal y familiar, que tratar de abordar esa otra más global y difícil de controlar: el desarrollo.

América Latina vive en la actualidad un proceso acelerado de emigración hacia las sociedades opulentas de España y el conjunto de la Unión Europea, además de la tradicional migración a los EEUU. En tiempos pasados, en especial en el último tercio del siglo XIX y, con menor intensidad en el siglo XX, las migraciones legaban a América Latina por las crisis de desarrollo o las circunstancias políticas que se producían en Europa. Millones de españoles, italianos e irlandeses, entre otros, emigraron al continente americano. Refiriéndonos al caso de España, se estima que la emigración entre 1870 y 1910 llegó a ser de más de dos millones de personas, que llegaron a Argentina, Venezuela, México y Cuba principalmente. Años más tarde, tras la Guerra Civil española iniciada en 1936, se inició el duro exilio político, que tuvo como consecuencia una emigración no tan abundante hacia la región latinoamericana, con especial incidencia en México, receptor de los principales y más destacados exiliados políticos españoles. Hoy la dirección del viaje ha cambiado, y es la crisis y la falta de expectativas -o la violencia en el caso de Colombia o de grandes urbes de otros países- la que empuja a millones de latinoamericanos a una aventura incierta, como siempre, pero mucho más complicada por los requisitos legales de la de aquellos emigrantes españoles de hace cien años.

Para comprender el marco en el que se producen las migraciones actuales, comenzaremos el presente artículo describiendo el proceso de globalización, proponiendo una forma nueva de preguntarse sobre dicho fenómeno, prestando atención por igual a las transformaciones que se viven, se disfrutan y se sufren en los países de origen y de llegada de los migrantes. A continuación destacaremos algunos aspectos que marcan las diferencias entre el tiempo presente -y las actuales migraciones- de tiempos pasados, caracterizando aquellos factores que son parte de la crisis del desarrollo y de esta oleada migratoria. En la parte final del artículo, nos referiremos al impacto que la migración tiene sobre las sociedades de origen, para concluir con las oportunidades que se abren en la vinculación de la realidad migratoria con las actividades de la cooperación para el desarrollo.

El tiempo presente: la globalización

Globalización parece ser hoy un concepto que todo lo explica. Comunicaciones inmediatas y a larga distancia, consumo de productos con componentes fabricados en diferentes lugares del planeta, la realización de inversiones vía internet, las reducciones de personal en las grandes empresas, o la precariedad laboral... todo se contempla como parte o consecuencia del proceso de globalización. Así que se intuye la globalización como algo indefinido y fascinante que tiene que ver con las comunicaciones y el consumo, y también como algo que nos pone en situación más precaria -digamos que multiplica tanto las oportunidades como las amenazas-.

De esa globalización tan fascinante y dolorosa a un tiempo podemos tener estas imágenes... quienes vivimos en el norte rico, en un país próspero que forma parte de la región más próspera del planeta. Pero no pensaríamos lo mismo si hubiésemos nacido en cualquier país y región pobre del sur. Por supuesto que unos pocos, unos cuantos, disfrutarían de esos beneficios, pero la mayoría ni se acercará a ellos, o pensará: ¡que maravilla: ellos pueden hablar entre sí desde cualquier lugar del mundo. Pero, ¿Y las mayorías pobres? ¿Qué ganan en este proceso?

Y, ¿realmente cualquier cosa está condicionada por la globalización? En primer lugar, es importante constatar que en el inconsciente colectivo globalización se aproxima hoy al concepto de modernidad, avance científico y de las comunicaciones, pero con un lado oscuro en términos de inseguridad personal y laboral, incertidumbre, desigualdad... Esas intuiciones nos indican que en realidad estamos comprendiendo la globalización, simple y llanamente, como el período presente de la historia, el mundo en que vivimos hoy, con sus características-. Sin negar que, como señala el profesor José Antonio Alonso, estemos en una etapa globalizante, no debemos olvidar que hubo anteriores períodos globalizantes a lo largo de la historia.

En este apartado describiremos algunos elementos clave del proceso de globalización que hoy vive el planeta, así como sus puntos de conexión con la temática de la migración.

(*) Jaime Atienza Azcona (11-12-72) es economista, especialista en desarrollo. Coordinador de economía social y codesarrollo en Cáritas española. Trabajó (98-01) como coordinador de la campaña "Deuda externa ¿deuda eterna?". Autor y coautor de varios libros e informes sobre deuda externa, economía, cooperación y migraciones así como de artículos en diversas revistas y diarios (*La deuda externa del mundo en desarrollo*. Madrid, AKAL, 2002.). Participante en reuniones del Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y las Naciones Unidas. Experiencia docente en cursos y seminarios en varias universidades españolas, y en consultoría en temas de cooperación para el desarrollo.



Migraciones y crisis del desarrollo (II)



Jaime Atienza Azcona (*)
[La Insignia](#). España, diciembre del 2004.

I. Tres aspectos de la globalización

Se debe distinguir en el proceso su contexto histórico, los avances científicos, y las decisiones humanas, que son las que marcan su naturaleza. Es precisamente el ámbito de las decisiones humanas, las normas, los organismos internacionales, las relaciones económicas y políticas globales, y la suma de las conductas individuales lo que marca el resultado del proceso, y por tanto, aquello sobre lo que es -dada la trágica realidad que vivimos- imperativo influir para cambiar. Pero veamos estas tres caras más detenidamente:

1. El contexto histórico. Tras la Segunda Guerra Mundial, se organiza en torno al sistema de las Naciones Unidas un modelo de "cooperación basada en la competencia" entre las naciones. Sin embargo, los nuevos organismos que nacen en Bretton Woods, en el año 1944 con ese objetivo, el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial (BM), lo hacen supeditados al contexto histórico: los EEUU son la primera potencia mundial y se convierten en el socio mayoritario de ambas instituciones, imponiendo en ellas su propia visión del mundo. El comercio es declarado el factor esencial de progreso humano, y ambas instituciones tutelarán las políticas económicas de los países a cambio de créditos accesibles en momentos de emergencia.

La segunda mitad del siglo XX está también marcada, hasta la llegada de los años 90, por el enfrentamiento de dos bloques: el comunista y el capitalista. Liderados por los Estados Unidos y la Unión Soviética, ofrecen respaldo y apoyo a los países pobres a cambio de su adhesión a uno u otro bloque. El derrumbe del bloque comunista -o su conversión a un sistema híbrido en China o Vietnam- ha dado paso a una etapa acrítica con el funcionamiento del capitalismo, minimizando sus deficiencias. Descartado el socialismo de estado -en decadencia desde años antes de la caída del muro de Berlín - se impone definitivamente el capitalismo en su versión más radical: el neoliberalismo, cuyos efectos negativos son cada vez más visibles. Mirado con perspectiva histórica, no parece un gran éxito que la vigencia poco contestada de unas ideas no pase de dos décadas y ofrezca un récord económico y social claramente negativo en el conjunto del mundo en desarrollo.

2. Los avances técnicos. Al referirnos a los avances técnicos y sus implicaciones directas sí estamos ante lo irreversible del proceso de globalización, destacando dos campos: las comunicaciones y el transporte. En el campo del transporte, se ha producido un cambio cualitativo, al aumentar de forma exponencial el número de conexiones entre diferentes puntos del planeta, y reducirse sustancialmente el coste del movimiento de bienes y de personas. En definitiva se ha hecho más fácil, más posible y más barato el desplazarse -personas y mercancías- por el planeta. En el campo de las comunicaciones hay quien llega a hablar de revolución. Las comunicaciones por satélite -telefónicas, radiofónicas, televisivas- han creado una interconexión informativa y de conocimiento mutuo extraordinaria. Y de un valor fabuloso también para el mundo de los negocios, al acelerarse gestiones, facilitarse encuentros, diálogo... Desde luego ha permitido que la realidad de las diferentes partes del mundo se conozca en el resto, haciendo menores las distancias, físicas y mentales. Así que hay un mayor conocimiento mutuo, flujo de información, flujo de capital, mercancías y seres humanos, algo con consecuencias muy diversas, como comprobaremos más adelante. Y la realidad de pobreza y riqueza en los diferentes países es cada día más mutuamente conocida.

3. Las decisiones humanas. Partiendo del contexto histórico presentado y de los avances de la técnica, las decisiones políticas -decisiones humanas, al fin- son las que marcan el carácter del proceso de globalización y determinan si el mismo es más o menos solidario, equitativo... Y esas decisiones pueden ser revisadas en cualquier momento, resultando ello posible y, en opinión de muchos, necesario. Dos opciones muy relacionadas entre sí marcan las últimas décadas y determinan las características del proceso de globalización:

(a) La liberalización acelerada de ciertos mercados. Si el camino de una mayor liberalización nace del espíritu de Bretton Woods y permite al mundo alcanzar notables cotas de crecimiento en los años 50 y 60, es entre 1970 y el presente cuando ese proceso se acentúa y radicaliza. A la crisis económica producida por el aumento del precio del petróleo en los setenta, a la crisis industrial asociada y a la posterior crisis social y económica que fue la de la deuda externa gestada en los setenta, que estalla en 1982 y aún está sin resolver, desde el mundo industrializado se responde adoptando la decisión de avanzar en la liberalización. Si bien se trata de una liberalización selectiva hacia el interior -los países ricos, con Europa y Norteamérica a la cabeza subvencionan sectores económicos enteros, e imponen barreras arancelarias y no arancelarias- se promueve que sea indiscriminada para el mundo en desarrollo.

Aprovechando las nuevas tecnologías, en los años 80 se diversifican los mercados financieros y se crean nuevas formas de mover el dinero para intentar aumentar su rentabilidad. Ante la madurez de sus mercados (es decir, la mayor dificultad para obtener beneficios altos por la elevada competencia), se amplía el campo de acción a la vez que se promueven condiciones en los países en desarrollo que ofrezcan seguridad suficiente para repatriar los beneficios y no someterse a controles -sean de capitales o laborales-. En definitiva se adapta la realidad de los países del Sur a las necesidades de rentabilizar el capital de los países del Norte. Ahora bien, esa forma de hacer se ve acompañada por toda una doctrina económica elaborada desde el FMI, que indica que el desarrollo llegará al Sur de la mano del capital exterior, así que esas reformas se dicen en beneficio de los propios países en desarrollo.

En definitiva, este marco comporta una fuerte desregulación en los países en desarrollo y una competencia amplia y supervisada (mediante comisiones con un alto poder sancionador) funcionando junto con sectores completos con un alto grado de protección en el Norte. Sirva como ejemplo la política de subvenciones agrarias de la Unión Europea, cuyo monto sextuplica el total de la

ayuda al desarrollo que circula de Norte a Sur cada año. Acercándonos al presente, este doble rasero es más visible que nunca en las negociaciones para la creación del Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA), en el que los países del Sur de América abrirán sus mercados de par en par a los productos de los EEUU (titular del 70% de la producción del continente), mientras no retira sus barreras arancelarias a más de trescientos productos sensibles. Un tratado, por cierto, aún en proceso de negociación y ante el que se está produciendo una creciente movilización social en buena parte de América Latina.

(b) La reducción y deslegitimación del papel del estado en la sociedad y en la economía. De forma paralela a esa liberalización -selectiva y asimétrica- se ha consolidado, en el pensamiento y en la acción la deslegitimación del sector público como factor determinante de desarrollo -asumida en los 80 en el Consenso de Washington y matizada seriamente por el propio BM en el Consenso de Santiago, de finales de los 90-. En los ochenta se inició una etapa en que, por motivos económicos y políticos, se vaciaron de recursos y competencias los aparatos estatales para hacer frente al pago de la deuda externa, que se ha llevado los ingresos producidos en la privatización de numerosas empresas públicas, compradas a buen precio por empresas transnacionales, y garantizándose una posición dominante en telecomunicaciones, suministros eléctricos, subcontratación de servicios públicos, gestión del agua...

En este punto se cruzan esas razones políticas: se consideró al estado ineficaz por definición, y al mercado adecuado para regular las relaciones económicas y sociales. Siempre habrá agentes del mercado interesados en invertir en cualquier sector y hacer de ello algo rentable, garantizar un mejor funcionamiento, más eficacia, menos costes... y menos impuestos. Ello explica el deterioro de los sistemas públicos de salud y educación, transportes... tanto en el norte como en el sur, al someterse a la ley del beneficio económico cuestiones anteriormente entendidas como derechos.

II. El resultado

El resultado de la suma de esas tres caras es el mundo en el que vivimos hoy, del que cabe destacar:

- Un aumento creciente de la desigualdad. Ya sea en el ámbito internacional -entre las naciones más ricas y más pobres- como en el nacional -entre los sectores sociales más pudientes y menos favorecidos-. Una desigualdad palpable en el nivel de ingreso, pero que afecta a elementos esenciales del desarrollo humano, como el acceso a servicios sanitarios, educativos, a empleo, a vivienda, a activos productivos... Ni la desigualdad ni la pobreza son consecuencia del proceso de globalización, pero éste, sin duda, ha contribuido a agravarlos.

- Aumento de la pobreza en el sur y desinterés por ello en el norte. El aumento de la pobreza en términos absolutos y relativos -excepto en China y la India en la última década- es un hecho que se ha acentuado merced al avance del proceso de globalización y ha ido acompañado de una alarmante desconsideración desde el norte hacia la gravedad de la situación en que viven -y mueren- millones de personas en el sur, que se ha plasmado en un retroceso de la ayuda al desarrollo y en el incumplimiento sistemático de aquellos acuerdos internacionales encaminados a corregir las desigualdades, reducir la pobreza... (compromisos de las cumbres de Río, Copenhague, Pekín...). En este sentido, nunca en los últimos cincuenta años el norte ha estado tan lejos de sentirse responsable en parte y actuar en consecuencia de los problemas que se viven en el sur, prefiriendo responsabilizar únicamente a los pobres de su propia pobreza.

- Deterioro ambiental. Tal y como se constató en la cumbre sobre el desarrollo sostenible de Río de Janeiro en 1992 y en su segunda edición, en Johannesburgo en 2002, nos encontramos en una fase de acelerado deterioro ambiental del planeta. El cambio climático es un hecho: el calentamiento global -con el lento deshielo de los círculos polares-, el agujero de la capa de ozono, la tala masiva de bosques tropicales, la desaparición de numerosas especies y ecosistemas, el desecamiento del planeta o la previsible escasez futura de fuentes de agua potable son elementos que prueban la gravedad de ese deterioro ambiental. Que es causado principalmente por los excesivos niveles de producción y emisión de gases tóxicos de los países ricos y por la sobreexplotación de los recursos naturales en el sur principalmente a cargo de empresas transnacionales del norte. En muchos casos la presión para pagar el servicio de la deuda externa es lo que provoca que se sobreexploten las tierras, se talen los bosques y se vendan a bajo precio el suelo y la riqueza natural. El acelerado consumo de los recursos naturales tiene gravísimas consecuencias para las generaciones futuras, pues sobre ellos recaerán con mayor gravedad sus consecuencias, y ello ha llevado a hablar de la deuda ecológica que el mundo rico tiene con el sur, que crece día a día, a medida que somos responsables de un deterioro planetario que a todos afecta por igual.

- Aumento de las migraciones sur-norte. Esta evolución planetaria ha dado lugar a una oleada migratoria muy singular desde el sur hacia el norte. Se ha reducido para muchos millones de personas en el sur la expectativa de tener en su propio entorno una vida digna. Millones de campesinos pobres sin un pedazo de tierra que cultivar, otros que no pueden vender sus productos, la caída de los niveles de empleo y las sucesivas crisis económicas y financieras que, a fin de cuentas, son crisis sociales, hacen que la salida a otros países sea una salida cada vez más frecuente. En España estamos viviendo de cerca este proceso, pero hasta ahora de forma mayoritaria se entiende la inmigración como un fenómeno que afecta a nuestro país, sin darnos cuenta de que es una consecuencia directa de esta globalización que no permite una vida digna para miles de millones de personas en el planeta. La migración del tiempo actual supone la más importante en términos de flujo sur-norte hacia países y zonas altamente pobladas y al margen de la existencia de vínculos coloniales. Factores ambos que fueron importantes en anteriores etapas migratorias.

(*) Jaime Atienza Azcona (11-12-72) es economista, especialista en desarrollo. Coordinador de economía social y codesarrollo en Cáritas española. Trabajó (98-01) como coordinador de la campaña "Deuda externa ¿deuda eterna?". Autor y coautor de varios libros e informes sobre deuda externa, economía, cooperación y migraciones así como de artículos en diversas revistas y diarios (*La deuda externa del mundo en desarrollo*. Madrid, AKAL, 2002.). Participante en reuniones del Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y las Naciones Unidas. Experiencia docente en cursos y seminarios en varias universidades españolas, y en consultoría en temas de cooperación para el desarrollo.



Migraciones y crisis del desarrollo (III)



Jaime Atienza Azcona (*)
[La Insignia](#). España, diciembre del 2004.

La crisis del desarrollo desde la década de 1980 hasta hoy

Desde un punto de vista principalmente económico, en el pasado ya vivimos una primera etapa globalizante, desde la segunda mitad del siglo XIX hasta la Primera Guerra Mundial. Una etapa en la que el aumento del comercio y de la financiación fue superior en términos porcentuales al de la renta. En la que disminuyeron las barreras a los intercambios comerciales y aumentó el flujo de crédito internacional, y se produjeron movimientos migratorios significativos, en particular hacia tierras poco pobladas como Australia o los EEUU. En particular, fue una etapa de una fuerte emigración española, italiana e irlandesa hacia América, llegando a ese continente varios millones de personas (se calcula que en torno a dos millones y medio de emigrantes españoles llegaron a América Latina en el período). Coincidió esa etapa económica globalizante con la expansión de las migraciones a la búsqueda de nuevas oportunidades; en un flujo principalmente desde países europeos hacia otros menos poblados o industrializados.

En el período que va desde el final de la Primera Guerra Mundial a los años setenta, prosiguen las migraciones, que se producen principalmente por la demanda de mano de obra en los países más industrializados -en la que se enmarca la emigración española al centro de Europa que se inicia en los años 50, y en la que el diferencial de renta y salarios tiene una importancia obvia- y por los procesos de descolonización, predominantemente en África -en esa categoría queda la fuerte emigración argelina a Francia-.

Al inicio de la década de los setenta, comienza una fase de crisis en la que es la segunda etapa globalizante -que comienza tras la Segunda Guerra Mundial y llega hasta la actualidad- marcada por dos factores determinantes: la ruptura de la hegemonía monetaria estadounidense (la paridad dólar-oro) y la crisis del petróleo, que se desencadenó por motivos tanto políticos como económicos (con un primer *shock* en 1973, cuando su precio se multiplicó por cuatro en el espacio de pocos meses y un segundo *shock* en 1979 cuando se consolidó una subida acumulada en la década de veinte veces el precio anterior a la crisis) y que supuso una sacudida para la economía internacional. En este tiempo de crisis las IFI nacidas en Bretton Woods perdieron su poder de influencia, y el peso de los EEUU en el sistema global se vio postergado por la llegada masiva de petrodólares a los mercados de crédito.

Esos petrodólares viajaron a las economías en desarrollo en forma de crédito como nunca antes había sucedido, permitiéndoles este hecho sostener sus procesos de crecimiento mientras en los setenta los países ricos vivían un tiempo de crisis y reconversión industrial. Algo que ocurrió con particular incidencia en América Latina, que vio multiplicarse por diez sus ingresos en forma de crédito externo entre 1972 y 1981. La reconversión industrial del mundo rico en los años setenta fue consolidando un cambio ideológico conducido por el conservadurismo político, de Thatcher, primero, y Reagan después. Se entra en ese tiempo en la transición hacia un modelo que se ha dado en llamar neoliberal (más correcto sería decir ultraliberal), un proceso en el que la crisis de la deuda externa tiene una influencia indudable.

La revolución silenciosa o la década perdida del desarrollo

Con la entrada en crisis financiera del mundo en desarrollo, que estalla en México en 1982, se entra en una fase en que las Instituciones Financieras Internacionales (IFI) se convierten en un actor decisivo en el diseño de las políticas económicas del mundo en desarrollo. En ese momento, en plena renegociación inicial, los países acreedores reclaman un papel dominante del FMI, que los países deudores aceptan sin grandes condiciones. Se entra en la que se llamó en América Latina *la década perdida del desarrollo* o, según la versión del propio FMI, en la década de *la revolución silenciosa* hacia la estabilidad monetaria y la liberalización y apertura del mundo en desarrollo. En los ochenta y noventa cerca de 100 países del mundo en desarrollo pasaron a tener políticas económicas guiadas y/o supervisadas por el FMI.

Este profundo cambio en el diseño de las políticas públicas del mundo en desarrollo supuso un giro hacia la privatización -muchas veces acelerada e indiscriminada- como forma de obtener recursos rápidos y afrontar el pago de la deuda, y por otra parte para obtener el aplauso de la comunidad internacional de inversores y donantes, que ya habrían consagrado como modelo único el desarrollo a través de la apertura y la liberalización sin matices. En ese tiempo, se cortaron también las importaciones, de nuevo para ahorrar recursos y poder pagar la deuda, haciendo más difícil la diversificación productiva. Se impulsaron políticas de aumento de la producción para la exportación para aumentar los ingresos y pagar la deuda... pero se entró en una fase de sobreexplotación de la tierra y los recursos naturales, y los precios de las materias primas cayeron.

Numerosos países llenaron el mercado mundial de productos primarios produciéndose un efecto inverso al promovido. Y en el ámbito interno, los recortes de los gastos recayeron sobre los sectores sociales, de inversiones en infraestructuras, y sobre los aparatos administrativos. Ello ha tenido como consecuencia un considerable deterioro en los niveles de legitimidad, respaldo y credibilidad de los aparatos públicos y de la propia democracia en el mundo en desarrollo -con diferencias en función de la realidad de países y regiones diversas; mientras en América Latina se vivió un grave deterioro, en África se hizo imposible la construcción de estados en la práctica, una realidad a la que se ha venido a denominar "los estados fallidos".

En el tiempo más reciente, desde la década de los noventa, un elemento ha tenido un peso extraordinario en el avance económico y en la sucesión de crisis con graves efectos sociales: el desarrollo acelerado de los mercados financieros. Aprovechando un contexto de amplia apertura y falta de control, y las facilidades de la técnica que a continuación mencionaremos, los mercados

financieros se han convertido en la auténtica vanguardia como mercado libre y sin controles a escala global. Mientras pocos mercados son realmente libres como se predica, los mercados financieros sí que cumplen en buena medida esa condición. Y ello lo ha convertido en abundante fuente de recursos para el mundo en desarrollo -aunque también cada vez más selectiva en cuanto al destino nacional de los recursos- y también en un espacio con gran facilidad para generar crisis financieras.

Ejemplos fueron las crisis que afectaron en los noventa y el comienzo del siglo XXI a México, el sudeste asiático, Brasil, Argentina, Turquía, Ecuador, etc. En definitiva, los mercados financieros produjeron en los 90 el espejismo de ser el nuevo canal de llegada de recursos externos decisivos para el desarrollo, pero su casi total libertad de movimientos -promovida y defendida desde el FMI- y su alta volatilidad quedó probada muy pronto, dejando a diferentes regiones -en especial América Latina- sumidas en crisis financieras, por extensión sociales, y desde luego de deuda externa al comienzo del siglo XXI de mayor gravedad que la iniciada en 1982.

La década de 1990 y el final del espejismo del desarrollo por el capital externo

Tras la década perdida del desarrollo, los dos primeros tercios de la década de los noventa se convierten en un período de relativa bonanza económica, con la recuperación de la confianza en el mundo en desarrollo del sector financiero. Tras década y media de ajustes sin fruto, el mundo en desarrollo percibe con esperanza la posibilidad de la recuperación en los noventa. Así que cuando esa esperanza se trunca y se entra en un nuevo tiempo de crisis -con las excepciones de los gigantes asiáticos- a partir de 1998, puede decirse que se pierde la fe en el futuro. Y la migración pasa a ser una opción más generalizada, pese al aumento de las políticas y medidas represivas, que no consiguen frenar o desincentivar esa migración, que en América Latina se convierte en masiva en el inicio del siglo XXI -hacia los EEUU y hacia Europa- y en África pasa a incorporarse al deseo y al imaginario colectivo de sus pueblos: emigrar para sobrevivir.

La realidad económica y política se ve en esta ocasión acompañada de los avances técnicos en los sectores de las comunicaciones y el transporte, y en los que ahora nos detendremos un poco más. La evolución de ambos sectores interactúa con esas opciones económicas, políticas y sociales que se han mencionado previamente para generar un panorama nuevo para los procesos migratorios; permiten que la migración y las crisis de desarrollo se comporten como vasos comunicantes cada vez más directos, pese al creciente recurso a las políticas represivas y de control de los principales países de destino de los migrantes del mundo empobrecido.

Veamos el campo del transporte: en las dos últimas décadas se han abaratado los costes relativos, han aumentado a una alta velocidad los puntos interconectados al interior de los países y en el planeta en su conjunto. Es decir, hay más canales para desplazarse entre más lugares y a un coste sustancialmente menor. Esto es un elemento del contexto fruto del avance de la técnica y de la competencia existente en los sectores nacionales e internacionales del transporte, aunque resulta llamativo que mientras las conexiones aéreas han aumentado, aquellas que requieren grandes inversiones públicas, como el ferrocarril, su crecimiento ha sido mucho menor, retrocediendo en buena parte del mundo en desarrollo. Estas mayores facilidades para el transporte, unidas a la liberalización y a la apertura económica externa ya mencionadas, han supuesto también un mayor contacto directo de personas que viajan, empresas de otros países que se instalan, técnicos que visitan, o personas del ámbito de la cooperación internacional. Todos ellos han propiciado un contacto muy directo entre realidades antes mucho más distantes en el imaginario de las sociedades empobrecidas, y tienen efectos por tanto sobre la mentalidad de las personas y producen efectos culturales y de atracción por motivos económicos.

Y por otra parte, el sector de las comunicaciones se puede decir que ha vivido una verdadera revolución, con avances extraordinarios en las dos últimas décadas del siglo XX. La extensión planetaria de los medios de comunicación de masas a través de señales satelitales ha permitido la llegada a todos los rincones del mundo de las comunicaciones que se realizan desde el mundo rico, haciendo llegar una información y una imagen -desde luego deformada- de ese mundo a millones de personas del mundo pobre. Al tiempo que el abaratamiento de los costes de los aparatos y su constante renovación tecnológica ha permitido la llegada de receptores de televisión a los puntos más insospechados del planeta.

Por otra parte los avances en la comunicación telefónica han sido revolucionarios, con el desarrollo acelerado de la telefonía móvil y por satélite, y con una notable extensión de las redes telefónicas previamente existentes. La fibra óptica y otros materiales han permitido el desarrollo de sistemas de tratamiento y procesamiento de la información que han hecho del acceso a la información en tiempo real no una quimera sino una realidad. Por último, un último avance revolucionario marca este comienzo del siglo XXI: el desarrollo de internet, un sistema de comunicación y obtención de información instantánea, libre y barato.

Todos estos avances del campo de las comunicaciones han producido, de nuevo, un acercamiento entre los países de origen de los migrantes y aquellos a los que preferentemente se están dirigiendo que hace más sencilla tanto la posibilidad real de conocer, saber, comunicarse, conectar... como el viaje. Al mismo tiempo, de nuevo el imaginario de las sociedades pobres encuentra una mayor presencia del mundo rico y sus ventajas, pero no de sus miserias económicas, sociales o morales.

Así que un contexto de crisis del desarrollo, desesperanza y mayor conocimiento de las formas de vida en el mundo rico, junto con una serie de avances técnicos que han permitido acercar el imaginario del migrante a la realidad de la riqueza de los países ricos, nos ofrecen un escenario nuevo en el que la migración gana enteros como opción de vida para millones de personas del mundo en desarrollo. Factores que pocas veces se tienen en cuenta a la hora de comprender la realidad que impulsa hacia la salida del país del que los migrantes que viajan al norte son originarios, pero que son decisivos si se quiere abordar el hecho migratorio de una forma integral, tratando de que todas las personas puedan tener un futuro allá donde vivan, sea en su país de origen o en el de destino.

(*) Jaime Atienza Azcona (11-12-72) es economista, especialista en desarrollo. Coordinador de economía social y codesarrollo en Cáritas española. Trabajó (98-01) como coordinador de la campaña "Deuda externa ¿deuda eterna?". Autor y coautor de varios libros e informes sobre deuda externa, economía, cooperación y migraciones así como de artículos en diversas revistas y diarios (*La deuda externa del mundo en desarrollo*. Madrid, AKAL, 2002.). Participante en reuniones del Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y las Naciones Unidas. Experiencia docente en cursos y seminarios en varias universidades españolas, y en consultoría en temas de cooperación para el desarrollo.



Migraciones y crisis del desarrollo (IV)



Jaime Atienza Azcona (*)
[La Insignia](#). España, diciembre del 2004.

Migraciones y desarrollo: factores explicativos e impacto en las sociedades de origen

Tal y como se ha venido señalando en los apartados anteriores, los factores que impulsan hoy la migración son diversos; en algunos casos repiten aquellos que estuvieron en la raíz de las grandes migraciones de tiempos pasados, pero en otros son mucho más nuevos y vienen determinados por la coyuntura presente. En este apartado sintetizaremos aquellos factores que son comunes a las diferentes etapas migratorias, junto con aquellos nuevos factores que impulsan la migración. Y, a continuación, describiremos algunos efectos de la migración que se producen en las sociedades de origen de los migrantes, para completar el análisis del escenario migratorio.

I. FACTORES EXPLICATIVOS DE LA MIGRACIÓN.

En primer lugar, enumeraremos y describiremos brevemente algunos factores que son comunes a los diferentes momentos en que la migración ha cobrado una importancia destacable:

1. Ciclos de estancamiento y crisis económica. Las migraciones han coincidido históricamente con períodos de estancamiento y crisis en los países de origen.
2. Perspectivas de mejora económica en otro lugar. Al hilo de la vivencia de períodos de crisis, la perspectiva de un futuro mejor ha sido un factor determinante de la migración. No significando ello un cambio inmediato en los niveles de renta, pero sí la posibilidad de alcanzarlo transcurrido un tiempo. A lo largo de la historia, la migración ha tenido un componente de emprendimiento y aventura que hoy mantiene, pero sin la fuerte carga de clandestinidad actual.
3. Contextos pacíficos estables en los lugares de destino. El destino perseguido por aquellos dispuestos a emigrar han sido países atravesando situaciones estables y pacíficas que hacían atractivo y previsible el resultado del viaje.
4. Existencia de espacios económicos para trabajadores y tierras para recibir a nuevos pobladores. La migración ha tenido tradicionalmente destinos donde o bien existía espacio laboral para quienes llegaban, sectores económicos sin ocupar o tierras que colonizar.
5. Existencia de conflictos armados y guerras en el origen de algunas migraciones. Esta es una constante a lo largo de la historia, de la que las migraciones forzadas por el exilio posterior a la Guerra civil española son un ejemplo del pasado y la emigración de Colombia o Sierra Leona lo son de la etapa actual.
6. Importancia de las redes. En todas las etapas las migraciones han tenido un componente nacional; es decir, la migración de los nacionales de un mismo país se produce hacia destinos concretos, en los que los primeros en llegar van "abriendo camino", haciendo más sencilla la llegada de otros connacionales en sucesivas oleadas.
7. Autoregulación de los flujos. Los procesos migratorios han sido procesos con un inicio, un período de auge y una ralentización hasta acabarse, y no procesos de duración infinita. Algo que cambia con la migración reciente, en la que pese a los factores desincentivadores que los gobiernos del Norte introducen, no queda claro que se produciría un final natural de la migración de los nacionales de uno u otro país.

Continuamos señalando ahora algunos otros factores propios de la actual etapa migratoria:

- i. Cambio cualitativo en los factores técnicos. La revolución de las comunicaciones y las posibilidades de comunicación a distancia y de desplazamientos físicos ha multiplicado las posibilidades objetivas de emigrar.
- ii. Mayor información sobre las realidades del norte y del sur. Esa revolución de las comunicaciones hace posible un conocimiento mutuo mucho más intenso -también con fuertes sesgos en lo que se conoce y no se conoce- entre los países de origen y destino de la migración, lo que contribuye a "acercarlos" en el imaginario del potencial migrante.
- iii. Aceleración de los procesos. Esos cambios técnicos y la desesperanza instalada en numerosas sociedades hacen que hoy los procesos migratorios sean mucho más inmediatos como respuesta a situaciones de crisis, produciéndose en poco tiempo migraciones de muchos miles de personas.
- iv. Cierre de las fronteras. Los países receptores de migrantes tienen hoy una política mucho más dura que nunca antes hacia quienes tratan de llegar a sus países. Ello añade a la migración un factor de riesgo y de marginalidad y abre un espacio muy importante a las mafias que ayudan a llegar a los migrantes a sus destinos a cambio de grandes sumas de dinero. Cantidades que aumentan a medida que lo hace también la dificultad y el riesgo del viaje. Ese cierre es, por otra parte, la respuesta instintiva y poco reflexiva de numerosos gobiernos a una oferta de potenciales migrantes en apariencia infinita.
- v. Alto condicionamiento económico externo. Las crisis que afectan a las familias en el Sur y provocan la migración son provocadas por factores que muchas veces escapan al control del país emisor -sin que ello suponga en absoluto liberar a los gobernantes del

Sur de sus indudables y muy graves responsabilidades en las carencias de sus pueblos-. Pueden ser la variación del precio de las materias primas, la variación de los tipos de interés internacionales, el sobrepeso de la deuda externa, la vulnerabilidad a las importaciones de otros países...

vi. Crecimiento inestable. Las crisis actuales, aunque con causas estructurales, se producen en contextos donde se producen ciclos económicos de auge y crisis mucho más rápidos que en anteriores etapas de la historia, debido a la mayor apertura externa y a la vulnerabilidad de buena parte del mundo en desarrollo

vii. Decepción ante los procesos políticos. En numerosos países en desarrollo se vive un profundo desencanto con los esperanzadores procesos políticos que se abrieron en el último tercio del siglo XX. La descolonización en África, la llegada de democracias más estables en América Latina o la caída de los regímenes totalitarios del este de Europa abrieron una esperanza de franca mejoría. El fracaso de esas expectativas en numerosos países ha hecho mucho más profunda la decepción y más palpable la desesperanza de las poblaciones por el sistema político y sus representantes, elegidos democráticamente o no.

II: ALGUNOS EFECTOS DE LA MIGRACIÓN SOBRE LAS SOCIEDADES DE ORIGEN

Es este un asunto especialmente omitido en los trabajos conocidos sobre la migración: ¿qué pasa con quienes se quedan, con las zonas que viven la despoblación, que reciben ingresos de los migrantes? Saber que pasa en los países de donde se marchan cantidades significativas de población es muy importante para poder plantear alternativas de actuación sobre la realidad para transformarla en positivo, como pretenden diferentes iniciativas sociales y de cooperación internacional. Veamos, sin ánimo de ser exhaustivos algunos factores que transforman las sociedades de origen de los migrantes:

1. Pérdida de una proyección de desarrollo propio. La migración se convierte en una respuesta individual o familiar en medio de un contexto desfavorable en el que ya se ha perdido la fe en las posibilidades de desarrollo del país de origen. Así, se cae en la desesperanza en que se pueda alcanzar o contribuir a un proyecto propio, nacional o local, de desarrollo. Lo que es a su vez causa y estímulo para que otros migren también, y crea una mística en torno a la figura del migrante, haciendo de él un triunfador ante la sociedad, el más arriesgado y valiente, frente a quienes optan por quedarse a trabajar en el país.

2. Aceptación de la superioridad de otros modelos. Esa misma aceptación de una derrota del proyecto nacional de desarrollo construye una imagen de inferioridad de las sociedades de salida, que ya no se piensan a sí mismas como diversas en diferentes campos y viviendo su propio proceso social, político, cultural y económico. Acaban por entenderse a sí mismas como sociedades inferiores, viendo a las sociedades de destino como un modelo exitoso y superior.

3. Llegada de remesas y conductas rentistas. La migración de este período histórico se beneficia también de la existencia de eficientes sistemas de transferencia de remesas, lo que ha hecho que las mismas cobren mayor importancia, alcanzando en algunos países entre el 10% y el 30% del PIB. Sin embargo, se observa con preocupación el escaso uso productivo de las remesas, que alimentan un espíritu rentista, sin contribuir decisivamente, como por su magnitud muy bien podría suceder, a la generación de empleo e ingresos.

4. Cambios en las pautas de consumo. La llegada masiva de remesas tiene por efecto una mejora en el nivel de vida de las familias receptoras, pero en ocasiones también un aumento en los niveles de consumo más o menos superfluo, de bienes importados, y siguiendo las pautas de los países ricos. En los lugares con una alta tasa de migración se genera una nueva división de clases entre quienes reciben remesas y consumen con pautas occidentales y quienes no tienen acceso a esas posibilidades, y contemplan con admiración el nivel de consumo de sus vecinos.

5. Rupturas familiares, culturales e intergeneracionales. Se producen situaciones nuevas que rompen con las dinámicas más arraigadas en la sociedad de origen; se dividen las familias, se reparten los hijos entre miembros de la comunidad, se adoptan nuevas costumbres y patrones de consumo y se produce una ruptura modernizadora -por supuesto, no necesariamente negativa ni positiva- que abre una brecha entre mayores y jóvenes, por el contacto de estos últimos con la migración bien sea directamente, por sus padres, por familiares o por amigos.

6. Fuga de capacidades. Pese a que la realidad nos indica que los migrantes suelen -con honrosas excepciones- desempeñar labores que requieren escasa cualificación, su nivel de formación supera ampliamente el de la media de población de su país. Así, el país de origen ve como se marchan personas con altas cualificaciones, habilidades técnicas superiores o un especial espíritu emprendedor. Ello supone una pérdida de capacidades para el país de salida y también una pérdida de la aportación de esos sectores más formados o emprendedores al desarrollo nacional.

7. Encadenamiento de otros procesos migratorios internos y fronterizos. Cuando emigran ciertos profesionales de una región o país, la demanda de ese tipo de trabajo puede acabar forzando la llegada de inmigrantes de terceros países a realizar esa función, conectándose migraciones Norte - Sur, con otras que se dan entre países o regiones fronterizas para compensar el vacío de los migrantes que se fueron. Algo que sucede, por ejemplo, en Ecuador, de donde han salido más de un millón de personas en 4 años, y donde llega migración colombiana -expulsada por la violencia- y peruana, atraída por los altos salarios en comparación con los de la región fronteriza del norte del Perú, a cubrir los espacios laborales que quedaron disponibles por la migración masiva.

(*) Jaime Atienza Azcona (11-12-72) es economista, especialista en desarrollo. Coordinador de economía social y codesarrollo en Cáritas española. Trabajó (98-01) como coordinador de la campaña "Deuda externa ¿deuda eterna?". Autor y coautor de varios libros e informes sobre deuda externa, economía, cooperación y migraciones así como de artículos en diversas revistas y diarios (*La deuda externa del mundo en desarrollo*. Madrid, AKAL, 2002.). Participante en reuniones del Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y las Naciones Unidas. Experiencia docente en cursos y seminarios en varias universidades españolas, y en consultoría en temas de cooperación para el desarrollo.



Migraciones y crisis del desarrollo (V)



Jaime Atienza Azcona (*)
[La Insignia](#). España, diciembre del 2004.

Oportunidades para la cooperación al desarrollo en el ámbito migratorio: el codesarrollo

Es importante comenzar con una constatación: muchas zonas del sur, donde tradicionalmente ha venido operando la cooperación para el desarrollo, se encuentran marcadas por una migración fuerte y en aumento. Así es en numerosas zonas rurales que se han ido quedando crecientemente despobladas, y en ese segundo paso que es la migración internacional tras la interna del campo a la ciudad o a otra región. Sin embargo, las intervenciones en el campo de la cooperación rara vez han tenido en cuenta esta realidad. La migración en una comunidad del Sur tiene efectos muy diversos, tanto positivos como negativos, que van desde los económicos -llegada de recursos y aumento de la desigualdad entre los miembros de la comunidad- hasta los sociales: nuevas formas de familia, desarraigo y alejamiento del entorno cercano como lugar en el que realizar la propia vida, mitificación de los migrantes, que representan a los triunfadores de la sociedad aunque en su destino vivan en malas condiciones, etc.

Por otra parte, en las sociedades de llegada existe una semilla inicial en la presencia de los propios migrantes, algunos de cuyos grupos quieren pagar una deuda con sus lugares de origen, que abandonaron. Del mismo modo, la conciencia de que existe una interrelación entre lo que nos ocurre al interior de nuestros países ricos y las razones que empujaron a la salida a los migrantes está cada vez más extendida entre las organizaciones sociales, que empiezan -empezamos a tomar conciencia de que actuamos sobre la misma realidad en un barrio empobrecido del sur de Madrid y en una comunidad empobrecida del sur de Quito.

Veamos a continuación algunas líneas de actuación que pueden promoverse en el marco de la cooperación internacional y las migraciones:

1. Analizar las causas estructurales de la migración, y también las causas más directas que influyen en el contexto local. En ocasiones ello nos llevará a la estructura del estado, a la concentración de la renta, y el mal ejercicio del poder local, a la deuda externa o las dificultades comerciales... Igualmente, en lo local, pueden influir fenómenos climáticos coyunturales u otros mucho más permanentes que provoquen desesperanza en la población. Este análisis del contexto no ha de ser un mero ejercicio intelectual de comprensión, sino uno que se plantee a continuación la acción.
2. Actuar sobre esas causas estructurales de la migración: estabilidad y responsabilidad política, promoción de mejoras y pactos sociales amplios, acuerdos sobre la deuda externa que reduzcan su efecto sobre los sectores más pobres de las comunidades y les brinden oportunidades... Buscar para ello propuestas e interlocuciones públicas que permitan incidir en el contexto, ya sea en una lógica de largo plazo en la construcción de capacidades para el diálogo social, como para asuntos más puntuales. Igualmente, es importante actuar sobre las realidades locales que provocan la huida: las sequías, el reparto de la tierra, la prevención de daños ambientales, la necesaria construcción de capacidades comunitarias en el diseño de políticas públicas locales...
3. Tener presente los efectos existentes y potenciales en términos de migraciones que ya se produjeron en el pasado o podrían darse en el futuro por las intervenciones de la cooperación internacional. Así, tanto la dinámica migratoria existente y potencial, como las dinámicas que haya introducido o pueda introducir en las comunidades deben ser parte de la identificación y la formulación de las acciones de cooperación.
4. Aprovechar el potencial de los migrantes en el exterior para el desarrollo local es una clara opción de futuro. Para ello es importante el desarrollo de instrumentos que permitan la llegada en condiciones económicas ventajosas de las remesas así como establecer mecanismos de incentivos a su reinversión productiva local. Es, por tanto un trabajo social y financiero a escala local, en los lugares de origen e internacional, mediante bancos, cajas y otras instituciones. Con estos mecanismos de incentivos, deben poder aprovecharse los recursos que llegan, los conocimientos técnicos adquiridos, contribuir al cambio cultural en aquellos aspectos positivos de las sociedades de llegada. Y por último, apoyar, incentivar y promover la puesta en marcha de iniciativas comunitarias, y no individuales de producción, de modo que el patrimonio y los conocimientos de los migrantes se integren por el conjunto de las comunidades de origen como una ganancia y no como un foco de nuevas desigualdades.
5. Aprovechar los factores culturales positivos que la migración ofrece, como por ejemplo, el mayor reconocimiento de los derechos y del papel de las mujeres en la sociedad. Algo que puede ceñirse a aspectos como el papel de representación de las mujeres en la comunidad o a otros aspectos mucho más duros, como lo es el de la violencia contra las mujeres. Pese a que es ese un mal de sobra conocido dentro de nuestras propias sociedades del norte, en ciertas sociedades en desarrollo está mucho más arraigada cierta clase de tolerancia y comprensión social ante la violencia familiar contra las mujeres. La presencia de mujeres que migran y conocen otras realidades como la persecución de los maltratadores, y el dolor y la indignación social ante esas conductas en España, en este caso, puede contribuir a cambiar la visión cultural de la discriminación y la violencia sexista. Es preciso entonces aprovechar la incorporación de nuevos valores positivos para las sociedades de origen. En las antípodas estaría la llegada de las formas de consumo superfluo y masivo que tenemos en el norte que, por cierto, también penetran, y con fuerza, en las comunidades de alta migración siendo fenómenos culturales que, en ese caso, deberían tratar de atenuarse. Igualmente, la presencia de migrantes con tradiciones más solidarias y comunitarias es un factor de cambio cultural en las sociedades del norte, tan dominadas por el individualismo y tan faltas de referentes colectivos y solidarios.
6. Promover y apoyar en los países de destino las acciones de las asociaciones de migrantes en cooperación con sus lugares de origen. Ya es una vieja tradición la aportación de los migrantes a gastos locales de sus lugares de origen -en España lo hemos

conocido bien en los pueblos y lugares donde los migrantes financian las fiestas patronales, por ejemplo-. Es, sin embargo prioritario en este nuevo tiempo, pasar a acciones de mucho mayor calado. En algunas comunidades, pueblos y barrios con alta migración en Ecuador quienes migraron siguen siendo miembros de la asociación o cooperativa local, aportan su cuota y tienen un canal privilegiado para la cooperación a partir de estructuras ya existentes. Esta dinámica debe ser impulsada, pues por la tendencia a agruparse geográficamente las personas en función de sus lugares de origen esta forma de cooperación tiene un altísimo potencial de impacto. Así que debe reforzarse el vínculo existente con los lugares de origen y apoyar que vaya más allá del folclore y la religiosidad popular para llegar al campo del desarrollo. En el mismo sentido cobra importancia el apoyo a la consolidación de las asociaciones de migrantes, y contribuir en un trabajo compartido a la cooperación con sus comunidades de origen: cuanto más fuertes sean las estructuras en los países de llegada, más capacidad de cooperar y de incidir en la realidad local se tendrá.

7. Aprovechar la presencia de migrantes en sociedades del norte como agentes comerciales de productos para el consumo de los migrantes nacionales en ese tercer país. Este es un campo que, en particular en España, tiene un alto potencial por el alto número de migrantes llegados en poco tiempo. La exportación de productos es una oportunidad para los productores del país de origen, y la presencia creciente de los productos que consumirán específicamente los migrantes en tiendas o locales asociativos puede ser un factor que permita una interrelación con las sociedades de llegada en la vida cotidiana. Que es una gran asignatura pendiente en el camino hacia una buena integración de la reciente migración recibida en particular por la sociedad española.

Nos encontramos, en definitiva, ante un fenómeno que ofrece numerosas oportunidades de acción a partir de las prácticas y experiencias ya conocidas en el ámbito de trabajo social y la cooperación para el desarrollo. Y al hacerlo no sólo se mejorarán situaciones y realidades concretas, sino que también se avanzará en ofrecer a las sociedades mensajes mucho más positivos sobre lo que nos ofrece el hecho migratorio.

A modo de conclusión

La globalización y la pérdida generalizada de perspectivas de desarrollo propio en el sur están siendo componentes claros del actual proceso migratorio. Un proceso en el que las migraciones sur-norte son más intensas de lo que nunca fueron y en que las restrictivas políticas migratorias impuestas en los países del norte no consiguen frenar. Una realidad, que por la dualidad de sus sociedades -lo que permite una mayor vinculación a los sistemas de información a distancia, y de acceso al imaginario de la migración- afecta de manera especial, aunque no única al continente latinoamericano.

Esta realidad es una dramática señal de alarma que indica la necesidad de un cambio de rumbo en el modelo de relaciones internacionales actual hacia una mayor justicia social planetaria, que frene la tendencia a la concentración de la renta, el conocimiento y la tecnología. Pues esta tendencia está provocando un movimiento de poblaciones que, si bien tiene sus precedentes en la historia humana, nunca ha mostrado tanta fuerza pese a las crecientes trabas que se le imponen. La migración es, hoy por hoy, el grito de los excluidos de la tierra, de quienes no se resignan a vivir en la pobreza y quieren aprovechar las oportunidades que la modernidad brinda. Pero esta salida supone una limitación para las posibilidades de que se produzcan procesos nacionales de desarrollo incluyentes que permitan una vida digna a las mayorías pobres y no sólo a aquellos grupos más emprendedores y a las élites locales.

Ante este reto, la cooperación internacional debe aprovechar las potencialidades de los procesos migratorios para buscar caminos por los que favorecer el desarrollo local y comunitario y la suma de esfuerzos hacia procesos de progreso más amplios. La migración es tal vez la luz de alarma más impactante que tengamos hoy en nuestras sociedades para recordarnos cada día con un simple vistazo a nuestro alrededor el mal funcionamiento del planeta y la responsabilidad que tenemos en la búsqueda de un proyecto ciudadano global e incluyente que no permita más que la migración forzosa -la gran mayoría, en la actualidad- siga siendo el doloroso pan nuestro de cada día para millones de personas.

(*) Jaime Atienza Azcona (11-12-72) es economista, especialista en desarrollo. Coordinador de economía social y codesarrollo en Cáritas española. Trabajó (98-01) como coordinador de la campaña "Deuda externa ¿deuda eterna?". Autor y coautor de varios libros e informes sobre deuda externa, economía, cooperación y migraciones así como de artículos en diversas revistas y diarios (*La deuda externa del mundo en desarrollo*. Madrid, AKAL, 2002.). Participante en reuniones del Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y las Naciones Unidas. Experiencia docente en cursos y seminarios en varias universidades españolas, y en consultoría en temas de cooperación para el desarrollo.

Bibliografía

- Acosta, Alberto (2003). Los costes y beneficios de la emigración: una visión desde el sur. Ponencia del Curso de verano de la Universidad Complutense "Pobreza, migraciones y desarrollo", julio de 2003. En prensa para su edición por La Catarata / Comunidad de Madrid.
- Alonso, José Antonio (2003): Los efectos económicos de las migraciones. Ponencia del Curso de verano de la Universidad Complutense "Pobreza, migraciones y desarrollo", julio de 2003. En prensa para su edición por La Catarata / Comunidad de Madrid.
- Alonso, José Antonio (director, 1999): Estrategia para la cooperación española. Madrid, Ministerio de Asuntos Exteriores.
- Alzamora, Carlos (1998): La capitulación de América Latina. Lima, Perú, Fondo de Cultura Económica.
- Arias, Marta (2001): Migraciones y desarrollo. ¿Hay lugar para la cooperación?. EN La realidad de la ayuda 2001 - 2002. Colección informes nº 19, Intermón, Barcelona
- Atienza, Gómez Serrano, CIDSE (2000): Las reglas del juego. La globalización financiera y sus repercusiones en los países del Sur. Madrid, Manos Unidas- folletos informativos.
- Atienza, Jaime (2002): Deuda externa: teoría, realidad y alternativas. AKAL, Madrid.
- BID / FOMIN (2003): Las remesas en América Latina. BID, Washington DC.
- BID / FOMIN (2002): Las remesas de emigrantes entre España y Latinoamérica. BID, Washington DC.
- Boughton, James (2000): The IMF and the Silent Revolution. Washington D.C. IMF publications.
- Cáritas Española (2002): Nadie sin Futuro. Mimeo. Cáritas española
- Colectivo loe (1996): ¿Cómo estudiar las migraciones internacionales? Madrid, Revista migraciones num. 0.
- De Sebastián, Luis (1988): La crisis de América Latina y la deuda externa. Madrid, Alianza América.
- Devlin, Ffrench-Davis y Griffith-Jones (1995): Flujos de capital y desarrollo en los noventa: implicaciones para las políticas económicas. En Pensamiento Iberoamericano, nº 27.
- Dollar y Kraay (2000): Growth is good for the poor. Washington DC, WB publications
- Estefanía, Joaquín (1996): La nueva Economía. La globalización. Temas de Debate
- IMF (1988, 1992, 2000, 2002): World Economic Outlook. Washington DC, IMF publications.
- Keynes, J.M. (1991, 1ª ed. 1919): Las consecuencias económicas de la Paz. Crítica.
- Maddison, Angus (1996): La economía mundial 1820 - 1992. París, OCDE.
- Martínez González-Tablas, Ángel (1997): Globalización: realidad multidimensional y mito. Revista Mientras tanto nº 70.
- OCDE, FMI, BM, NNUU (2000): Un mundo mejor para todos. Washington, OCDE, FMI, BM, NNUU.
- Ontiveros, Emilio (1997): Sin orden ni concierto. Medio siglo de relaciones monetarias internacionales. Madrid, Biblioteca de economía y finanzas.

Palazuelos, Enrique (1998): La globalización financiera. Madrid, Síntesis.
Pipitone, Ugo (2000): Reflexiones sobre un presente acelerado. Madrid, Los libros de la catarata/ Instituto Universitario de Desarrollo y Cooperación.
PNUD (varias ediciones): Informe de Desarrollo Humano. Nueva York, Naciones Unidas.
Sanahuja, José Antonio (2001): Altruismo, mercado y poder. Intermón oxfam - colección libros de encuentro, barcelona.
Sassen, Saskia (2001): ¿Perdiendo el control? La soberanía en la era de la globalización. Barcelona, Bellaterra. (Introducción de Antonio Izquierdo)
Singer, H.W. (1989): El desarrollo en la postguerra. Lecciones de la experiencia de 1945 a 1985. Revista Comercio Exterior, vol. 39, nº 7.
Ugarteche, Óscar (1997): El falso dilema. América Latina en la economía global. Caracas, Nueva Sociedad - Lima, Fundación Friedrich Ebert.
VVAA (mayo - agosto 2002): Las migraciones internacionales en América Latina y el Caribe. Revista Capítulos, nº 65, SELA. Caracas, Venezuela
World Bank (1998): Beyond the Washington Consensus, Institutions do matter. World Bank Publications.

[Portada](#) | [Iberoamérica](#) | [Internacional](#) | [Derechos Humanos](#) | [Cultura](#) | [Ecología](#) | [Economía](#) | [Sociedad](#) | [Ciencia y tecnología](#) | [Diálogos](#) | [Especiales](#) | [Álbum](#) | [Cartas](#) | [Directorio](#) | [Redacción](#) | [Proyecto](#)